

Cogorno según Russoli.

Los gestos, los perfiles, las relaciones rítmicas entre las figuras, adquieren —en las imágenes aún más habituales de la vida cotidiana de los pueblos antiguos— un equilibrio solemne y elegante, una medida inmaterial, una armonía estática.

Los colores y las luces, parecerían que se adecuan a tal encantamiento ceremonial áulico, que se bloquean en cristales de tiempo "detenido".

Santiago Cogorno pertenece a la naturaleza de aquellos felices poetas que saben restituirnos los símbolos figurativos, la estática visión de mundos pagados de esplendores civiles, de reglas áulicas, de un patrimonio de historia que se trasvasa al correr cotidiano de los hechos humanos, aún en el folklore. América del Sud descubrió las reglas clasicistas del

Mediterráneo, al igual que la cultura occidental se volvió ebria ante los tonos fuertes de la naturaleza y de la historia precolombina. Una relación muy profunda y sutil se estableció entre la sensibilidad y los lenguajes.

Cogorno nos da el mejor testimonio.

Dentro de una trama solemnemente agraciada, de tantos hechos humanos transportados a un ritmo "arcaizante", se enhebra un hilo incandescente de un florecimiento de motivos estilísticos nuevos, actuales; las vibraciones de colores orgánicos, alusiones intimistas e inquietas de un tipo de materia que fermenta y deglute, transportando y llevando, aquellas escenas áulicas al frenesí de una duda existencial, una palabra o símbolo psicológico de ansias ignotas hacia los paraísos perdidos de tierras ancestrales. Esta es la novedad de Cogorno, un dibujo vibrante que al tomar fórmulas que quizás recuerdan el pasado, insinúa diversiones e imágenes enigmáticas casi no cumplidas, abiertas a preguntas, dirigidas hacia la evocación de estados de ánimo cuyo repertorio cultural no llega a completar como bagaje de símbolos. Una gráfica educada y refinada, que documenta, con profundo lirismo que conmueve la lucha entre la memoria y la emoción, entre las razones de la cultura y los derechos de los sentimientos.

FRANCO RUSSOLI, mayo de 1980. (Traducción de Aldo Binello).